

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORRESCO DE LITERATURA.

SUM. 190

MADRID 17 DE JULIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LA OTRA SE RETORCIA LAS MANOS.....

EL TERRIBLE VENGADOR, 6 LOS NEGRITOS.

XI.

AVENTURA Y CONOCIMIENTO.

Pensativo se retiraba Enrique de la taberna de *Borrasca*, y resuelto además interiormente á devolver á los asesinos de su padre mal por mal, pero sus cavilaciones se perdían en las dificultades que encontraba para llevar á efecto tan arriesgada determinación.

—Si yo tuviera el mando de una goleta, murmuraba entre dientes, iría á buscarlos y veríamos cuantos ingleses colgaba yo de mis penoles en una travesía de seis meses. El comercio podrá tal vez proporcionarme los medios de comprar una embarcación; mas ¿quién espera tanto tiempo para vengar ofensas que brotan sangre? No: es preciso buscarlos al momento y hacerme á la mar á toda costa. ¡Ah! ¿Qué necio he sido en no hablar á Perkins con claridad! El ha sido amigo de mi padre y me ha prometido serlo mio; tal vez podrá ayudarme y aun ser mi segundo si le acomoda. Es pues; esta noche formaré un plan de operaciones, y mañana hablaré con claridad á Mr. Smith y á mi piloto-advino.

Apresuró el paso con el objeto de llegar pronto á la fonda del *Aguila*, mas no tardó en detenerse á la entrada de la primera calle que tenía que atravesar para seguir su dirección. Uvas voces lastimosas llegaron á sus oídos, y al parecer provenían de la parte del río: la noche había ya cerrado oscura y tempestuosa y no se divisaba alma viviente. Dudoso estuvo acerca del partido que debía tomar; la prudencia le aconse-

sejaba que se alejase, pero los femeninos ayes que sin interrupción llegaban hasta él, le atraían: Enrique era valiente, sus sentimientos hidalgos y generosos; ansiaba porque la suerte le proporcionase aventuras en que distinguirse, para ensayar los peligros que algun día se vería quizás en el caso de arrostrar, y pensaba tal vez que de su resolución dependía la vida de alguna muger desventurada.

Volvió pues atrás, y preparando una pistola, arma, sin cuyo auxilio pocos son los que en Nueva Orleans transitan de noche por las calles, se dirigió al desembarcadero, de donde al parecer salían los gritos.

Dábanlos dos mugeres que luchaban por desasirse de los robustos brazos de dos raptos enmascarados, los cuales hacían grandes esfuerzos para obligarlas á entrar en un bote; una de ellas tenía ya el pie derecho sobre la borda de la embarcación y pedía socorro con desesperados lamentos; la otra se retorcia las manos y clamaba al cielo que no la abandonase, cuando se presentó Enrique, seguido de algunos marineros que acudían á la ribera llevados de la curiosidad.

—Alto ahí, malvados, ó sois muertos, gritó á los raptos. Pero viendo que uno de estos se adelantaba hácia él, despues de haber soltado su presa, que había caído desmayada en tierra, le descargó la pistola á boca de jarro y le tendió cadáver á sus pies. Su compañero contestó á Enrique con otro pistoletazo que no causó desgracia alguna, y dejando libre á la muger que abrazaba, se abalanzó al bote, y cortando el cabo que lo sujetaba á una de las argollas del muelle, lo impelió con vigoroso remo, apartándose de la orilla largo trecho.

Enrique acudió á la acongojada dama que había recobrado ya sus sentidos, y que se acercó á él llena de reconocimiento.

—Señora, la dijo, una casualidad dichosa me ha hecho oír vuestros tristes gemidos, y sin vacilar he volado á socorreros. Decidme ahora adonde debó conducirlos, ó por mejor decir, guíadme entre ese laberinto de calles hasta vuestra casa, porque soy forastero aquí, y casi nadie conozco.

—No volveréis á repetir desde esta noche esas últimas palabras, caballero, porque no tardareis en experimentar toda la gratitud de mi padre por el señalado servicio que acabais de prestar á su reconocida hija: desde hoy conoceréis á personas que se interesarán vivamente en vuestros negocios.

—No exijo prueba alguna de agradecimiento por haber cumplido con un deber sagrado, por muy lisongeras que sean las palabras que han salido de vuestros labios. Pero, séame permitido ofreceros mi brazo y dirigiros dos preguntas.

—Como gustéis.

—¿Por qué motivo os habeis encontrado espuestas vos y vuestra compañera al desacato de esos bribones?

—He salido de casa con mi criada algo mas tarde de lo que acostumbro, y entretenida en la contemplación de la hermosa perspectiva que desde la ribera se descubre, me ha cogido la noche: esto es cuanto puedo deciros. Mi padre me dijo ayer que se sospechaba que un bellissimo bergantín que acababa de subir el río era pirata: quizás pertenecerán á él esos hombres que nos han sorprendido, y de cuyo poder nos habeis libertado con tanto denuedo.

—¿No creéis mas bien que hayan sido asalariados por algun oculto enemigo?

—De ningún modo: si supiérais quien soy participaría de mi opinión: mi retención á bordo de su buque les aseguraba una buena suma por mi rescate....

—Habeis indicado mi segunda pregunta, que

se reduce al deseo que tengo de oír pronunciar el nombre de la dama á quien mi buena estrella me ha proporcionado ser útil en algo.

— ¿Y qué puedo yo negaros de todo cuanto una muger bien nacida debe conceder á un hombre honrado y pundonoroso? El nombre de mi padre es John Smith y el mio Matilde.

— ¡Mr. Smith!... ¡Su hija Mis Matilde!... ¡Qué felicidad! ¡Ah!... Soy mil veces mas dichoso que lo que me habia figurado....

— No os entiendo.

— ¿Habeis oido hablar por ventura á vuestro padre de un recomendado de la Habana.

— ¡Cómo! ¿Sois vos el jóven á quien hemos estado esperando á comer hasta las cinco?

— Y el mismo que ayer tuvo la fortuna de ver á Vd. en *Great-street número 63.*

— Son las señas de la casa de mi amiga Mis Lacy Robertson.

— Señas que tengo apuntadas en mi cartera, porque creia que fuesen las de la vuestra.

— Pues mal se acomoda vuestro galante empeño con la poca prisa que hoy habeis manifestado para conocerme.

— ¿Y podia yo adivinar que mi encantadora desconocida de ayer, era la hija única de mi querido protector Mr. Smith?

— Sin embargo debo deciros, que alguna cosa se os debe haber pegado de la ciencia del sabio Perkins, nuestro buen astrólogo, porque le habeis visto dos veces.

— ¿Cómo lo sabeis?

— Mi padre os dejó en la esquina de la plazuela de la Aduana y yo os he visto entrar en la taberna del charlatan.

Aquí llegaban del diálogo Mis Matilde y Enrique, cuando sintieron los pasos apresurados de un hombre: pasó este por el lado del segundo, y le dijo:

— Mr. Guinza, un buen amigo y unos ojos negros, ó de otro modo, las dos cosas; pero antes que todo, ojo alerta á los cruceros ingleses.

Mis Matilde se estremeció apretándose contra Enrique; pero el piloto que habia reconocido á Borrasca la tranquilizó asegurándola que nada tenia que temer. En esto llegaron á la puerta de Mr. Smith.

— ¿Conoceis á ese hombre? le preguntó la jóven.

— Desde hoy; pero respondo de él. Adios, bella Matilde.

— Adios Mr.... ¿Cuál es vuestro nombre?

— Enrique.

— Os convidó para mañana á almorzar.

— Contad conmigo.

— ¿Me dareis otro chasco?

— Os juro que no saltaré

Enrique besó la mano á Matilde y se retiró
(Continuará.)



LA FE DE LA JUVENTUD.

—o()o—

¿Donde las ilusiones nacaradas
dorados sueños de la edad primera?
MARIA MENDOZA DE VIVES.

Hay en la vida del hombre una edad deliciosa, que refresca su mente, cuando abrumado por los años torna sus ojos apagados hácia lo pasado: una edad en la que el aliento que acaba de recibir en el seno de una madre, llena de amor, de dulzura, se dilatan y embalsaman en el puro ambiente que se desprende de una atmósfera no empapada aun en el aliento de la maldad; edad preciosa que se desliza por rosas, entre ensueños é inocentes ilusiones. Pasó ya; pasaron veinte años, avulsión triste que arrebató al mortal la perspectiva encantadora de un mundo, que estrellándose contra la edad que comienza, le muestra en sus entrañas la realidad fúnebre, sarcástica, desgarradora. Hundieron en la nada los veinte años en que la

vida es una verdad. Luego los desengaños, la indiferencia, una muerte que no mata, pero que agobia nuestros sentimientos de jóvenes en el potro de la tristura, disecan el corazón, quiebran la esperanza, y arrojan el alma con la mortaja de ensueños que no volverán. Pronto, de repente, solo un sudario regala al hombre la tierra; la tierra que le aparece mística, descarnada, sin un encanto. Entonces su fé se ceba hambrienta en la realidad; realidad que borra la ilusión de niño; ilusión, fantasía, que era la nada.

Llega entonces el momento en que secas las lágrimas de la niñez, dan paso á las lágrimas de hombre, y estas lágrimas de fuego van á posarse en el seno de la amistad; entonces el hombre busca al hombre. En vano intentará grabar en su alma de bronce un suspiro de desconsuelo, su semejante le hurtará hasta el último recuerdo de ventura; aquellas lágrimas, que el mundo desprecia embrutecido, una á una serán bebidas en silencio. Habladle entonces de futura felicidad... esta voz sonará deshecha en su alma, como una campanada de muerte en la desierta montaña. Demandadle fé en el hombre. Tal vez alce su frente para lanzar una mirada al cielo: mirada que acaso no comprendais; él empero os repondrá «Allí Dios; en el mundo... la soledad!»

«Allí Dios!» Sí; en Dios tiene fé la juventud. Si las revoluciones del siglo XIX la arrancaron del pie de los altares en un momento de delirio, de venganza, durante la fiebre de las pasiones; vuelta en sí del letargo, se ha desnudado del ropaje ensangrentado é ha cubierto de ceniza su cabeza.

«Allí Dios!» El jóven cree en él, espera, no se avergüenza ya de prosternarse en el templo. Porque en los cadáveres sobre que duerme la revolucion, ha leído, ha estudiado la verdad. Porque apartando los ojos de un suelo de sangre ha tenido que fijarlos en el cielo.

«En el mundo la soledad!» Triste, muy triste es, por Dios! sentir sobre nuestros hombros el peso del humano destino! Vivir y no sentir en el pecho los latidos de otro pecho! Llorar y no sentir en la abrasada mejilla una mano que enjague el llanto!!! Maldicion horrible desgasta al hombre desde el primer pecado! Busque el hombre en el hombre un hermano; tras su amoroso y sereno rostro oculta hallará la perfidia.

En tanto que se precipitan los siglos en el hundoso abismo de la nada, la vida humana acelera el paso; tambien se adelanta el pensamiento y hoy es filósofo el jóven de veinte años, cuando ayer apenas discurría el hombre de cuarenta. ¿Qué mucho, pues, que el indiferentismo arrulle á la juventud?

«En el mundo la soledad!» La luz atrae á la mariposa, llégase enamorada y se abraza. La orjía con la hermosura en el rostro y la mano en la llaga oculta, llama á la juventud; la juventud corre á ella, la abraza y se clava. Pedidle en pos la fé en los placeres, solo os dará por respuesta llevar su mano á la llaga.

¡Ay del jóven que en los primeros destellos de su razón siente su frente abrasada por el número del poeta! ¡Miseró, si un precoz entendimiento le despeja, en el primer movimiento del alma, de la bruma que arropa el esqueleto de la tierra!! Su vida será una muerte prematura. La reflexion rechazará los vanos adornos del mundo para ir á recostarse desalentada sobre las losas del cementerio. «¡Allí Dios!» La mente del poeta con sus pocos años, con toda su lozanía, cansada de pordiosear á los hombres un corazón, corazón que responda á sus inspiraciones, corazón que no encontrará, porque el corazón humano está carencido por el cinismo; se sumergirá en la tumba para caer despues en la inmensa eternidad. Un poco antes, muy poco, cantará al borde del sepulcro lúgubre trova, plegaria triste que se perderá en los oídos del hombre, como el canto de la tórtola en el seno oscuro de las florestas. Un poco antes preguntadle por sus glorias..... Cerrada despues su huesa, hallareis sobre ella una corona, laurel marchito.... ¿De qué sirve este laurel, esta corona al poeta que murió?

A los veinte años, cuando el alma se engalana con todas sus fuerzas, con sus ilusiones y sus trasportes, habrá en el fondo de nuestro pecho

un deseo, deseo de fuego, que es el último adorno con que corona su hermosura, y este deseo es una sed de amor, que sacia la mirada de una muger, mirada que pasa y repasa de un corazón á otro, mirada que mas tarde es el ardor que comprime nuestros labios, mirada que nos transporta á otro mundo mas bello; mundo, ardor y mirada que forman el único embeleso de la vida.

¿Visteis un día cernirse en los aires al fiero gavilan sobre el inocente cantor de las selvas que enamoraba á su tierna compañera? ¿Visteis-lo despues caer veloz como una saeta sobre los amantes que estaban embelesados con el beso de amor? ¡Oh! El era el jóven de veinte años con su pasión en el pecho, los labios sobre los labios de su querida; el jóven una vez feliz el gavilan la muerte, vacío el corazón, la muerte helando el seno del amante con el cadáver helado de una hermosa. El creyera en el amor.... despues su fé se alimenta de la nada.

Recorran vuestros ojos el mundo todo azuzados por la desconfiada filosofía... bien pronto se replegarán sobre los negros caracteres en que su fé la juventud les lega «ALLÍ DIOS; EN EL MUNDO... LA SOLEDAD.

José Dominguez de Izquierdo.

POESIA.

FLORES A UNA ESPIGADERA.

Espigadera graciosa
guarda del sol tus hechizos
que su lumbre calurosa
sombrea tu tez de rosa
y roba el oro á tus rizos.

Ven conmigo á la espesura...

allí mis tiernos cantares
con amorosa dulzura
te dirán que es tu blancura
cual la espuma de los mares.

Ven con tu risa hechicera,
de encantos rico tesoro,
y en la fragante pradera
flores daré á la que adoro,
flores á la Espigadera.

Si tu boca purpurina
ves en las aguas serenas
la tendrás por clavellina
sobre corona divina
de nevadas azucenas.

Que la risueña corriente
por retratarte en sus ondas
te seguirá diligente
con su cristal transparente
por mucho que tu te escondas,

Cuando yo al oírte un sí
te ricé amoroso allí
la cabellera dorada,
tu me mirarás, mi amada,
y yo te miraré á tí.

Leda el aura vagarosa
celebrará tu hermosura,
y en bandada primorosa
las aves con voz melosa
cantarán vuestra ventura.

Corramos al bosque umbrío
á gozar de sus delicias,
y allí murmurando el río
retratará las caricias,
que yo te hiciere, bien mio.

Ven con tu risa hechicera
de gracias rico tesoro,
y en la fragante pradera
flores daré á la que adoro,
flores á la Espigadera.

J. M. DE ALBUERNE.

TEATROS.

No hay funcion.

IMPRESA DE BOIX.